

DEJAR DE FINGIR

Un excelente e histórico discurso

*Transcripción del discurso, traducido al español, pronunciado el 20/01/2026 en el "Foro Económico Mundial" de Davos, Suiza, por el primer ministro de Canadá **MARK JOSEPH CARNEY** (1965). El político y economista tomó la delantera de la oposición ética, moral, económica y geopolítica de Donald Trump en el foro. Y lo hizo con valentía, conocimiento profundo de la geopolítica y la lucidez de un estadista.*



"Es un placer, y un deber, estar con ustedes en este punto de inflexión para Canadá y el mundo.

Hoy hablaré de la ruptura del orden mundial, del fin de una agradable ficción y del amanecer de una realidad brutal en la que la geopolítica de las grandes potencias no tiene freno. Pero sostengo, aun así, que otros países, en particular las potencias medianas como Canadá, no están indefensos. Tienen el poder de construir un nuevo orden mundial que contenga nuestros valores, como el respeto de los Derechos Humanos, el desarrollo sustentable, la solidaridad, la soberanía y la integridad territorial de los Estados. El poder de los menos poderosos comienza con la honestidad.

Cada día se nos recuerda que vivimos en una era de rivalidad entre grandes potencias. Que el orden basado en normas se está desvaneciendo. Que los poderosos hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que deben. Este aforismo de Tucídides se presenta como inevitable: la lógica natural de las relaciones internacionales reimponiéndose. Y, ante esa lógica, existe una fuerte tendencia de los países a adaptarse para encajar. A acomodarse. A evitar problemas. A esperar que el acatamiento compre seguridad. Pero, no lo hará. Entonces, ¿cuáles son nuestras opciones?

En 1978, el disidente checo Václav Havel (1936-2011) escribió un ensayo titulado "El poder de los sin poder". En él planteó una pregunta sencilla: ¿cómo se sostenía el sistema comunista? Su respuesta empezaba con el ejemplo de un verdulero. Cada mañana, este comerciante coloca un letrero en su vidriera: "¡Proletarios de todos los países, uníos!". Él no lo cree. Nadie lo cree. Pero lo coloca de todos modos: para evitar problemas, para señalar conformidad, para llevarse bien. Y como cada comerciante en cada calle hace lo mismo, el sistema persiste. No sólo mediante la violencia, sino también mediante la participación de la gente común en rituales que, en privado, sabe que son falsos. Havel llamó a esto "vivir en una mentira". El poder del sistema no proviene de su verdad, sino de la disposición de todos a actuar como si fuese cierto. Y su fragilidad proviene de la misma fuente: cuando incluso una sola persona deja de actuar, cuando el verdulero quita su letrero, la ilusión empieza a resquebrajarse. Ha llegado el momento de que las empresas y los países retiren sus letreros. Durante décadas, países como Canadá prosperaron en el ámbito de lo que

llamamos “el orden internacional basado en normas”. Nos unimos a sus instituciones, alabamos sus principios y nos beneficiamos con su previsibilidad. Podíamos impulsar políticas exteriores basadas en valores bajo su protección. Sabíamos que la historia del orden internacional basado en normas era parcialmente falsa. Que los más fuertes se eximirían cuando les conviniera. Que las reglas del comercio internacional se aplicaban de manera asimétrica. Y que el derecho internacional se aplicaba con rigor variable según la identidad del victimario o de la víctima. Esta ficción era útil, y la hegemonía estadounidense, en particular, ayudó a proveer bienes públicos, rutas marítimas abiertas, un sistema financiero estable, seguridad colectiva y apoyo a marcos para resolver disputas. Así que pusimos el letrero en la vidriera. Participamos en los rituales. Y, en gran medida, evitamos señalar las discrepancias entre los discursos y la realidad.

Ese pacto ya no funciona. Por favor permítanme ser claro y contundente: estamos en medio de una ruptura, no de una transición. En las dos últimas décadas, una serie de crisis (financiera, sanitaria, energética y geopolítica) dejó al descubierto los riesgos de una integración global extrema. Más recientemente, las grandes potencias empezaron a usar la integración económica y los aranceles como armas. Infraestructura financiera como presión. Cadenas de abastecimiento como vulnerabilidades a explotar. No se puede “vivir dentro de la mentira” del beneficio mutuo mediante la integración cuando la integración se convierte en la fuente de tu subordinación. Las instituciones multilaterales en las que se apoyaban las potencias medianas (la OMC, la ONU y las Conferencias de las Partes o reuniones climáticas de la ONU, por citar algunas) y la arquitectura de la resolución colectiva de problemas, están muy debilitadas. Y muchos países están llegando a las mismas conclusiones y consideran que deben desarrollar mayor autonomía estratégica en energía, alimentos, minerales críticos, economía y finanzas y cadenas de abastecimiento. Este impulso es comprensible. Un país que no puede alimentarse, abastecerse de energía o defenderse tiene pocas opciones. Cuando las normas ya no te protegen, debes protegerte tú. Pero seamos conscientes adónde conduce esto. Un mundo de fortalezas militares será más pobre, más frágil y menos sustentable. Y hay otra verdad: si las grandes potencias abandonan incluso la pretensión de normas y valores para perseguir sin trabas su poder e intereses, los beneficios del “transaccionalismo” se vuelven cada vez más difíciles de replicar. Los países hegemónicos no pueden monetizar continuamente sus relaciones. Los aliados diversificarán sus alianzas para cubrirse ante la incertidumbre. Comprarán seguros. Aumentarán sus opciones. Esto reconstruye la soberanía nacional, una soberanía que antes estaba anclada en normas, pero que estará cada vez más anclada en la capacidad de resistir presiones. Esta gestión clásica del riesgo tiene un costo. Pero ese costo de la autonomía estratégica, de la soberanía, también puede y debe compartirse. Las inversiones colectivas de los países en resiliencia son más baratas que si cada uno construye su propia fortaleza. Las normas compartidas reducen la fragmentación. Las complementariedades simétricas son sumamente positivas. La pregunta para las potencias medianas, como Canadá, no es si debemos adaptarnos a esta nueva realidad. No hay duda, debemos hacerlo. La pregunta es si debemos hacerlo simplemente construyendo muros más altos o si podemos hacer algo más ambicioso. Canadá fue de los primeros países en escuchar la llamada de atención, lo que nos llevó a cambiar de forma fundamental nuestra posición estratégica. Los canadienses saben que nuestra vieja y cómoda suposición de que nuestra

geografía y nuestras membresías en alianzas poderosas conferirían automáticamente prosperidad y seguridad ya no es válida.

Nuestro nuevo enfoque se basa en lo que Cai-Göran Alexander Stubb (1968) ha denominado "Realismo Basado en Valores" o dicho de otro modo aspiramos a ser principistas y pragmáticos al mismo tiempo. Principistas en nuestro compromiso con los valores fundamentales: la soberanía, la integridad territorial, la prohibición del uso de la fuerza salvo cuando sea totalmente compatible con las exigencias de la Carta Orgánica de la ONU y el respeto de los Derechos Humanos. Pragmáticos al reconocer que el progreso suele ser incremental, que los intereses divergen, que no todos los socios comparten o van a compartir nuestros valores. Nos estamos comprometiendo profundamente de forma estratégica y con los ojos abiertos. Afrontamos activamente el mundo tal como es, no esperamos al mundo tal como quisiéramos que fuera. Canadá está calibrando sus relaciones para que sean compatibles con nuestros valores. Estamos priorizando un compromiso amplio para maximizar nuestra influencia, dada la fluidez del mundo, los riesgos que esto plantea y lo que está en juego de cara a lo que viene. Ya no dependemos sólo de la fuerza de nuestros valores, sino también del valor de nuestra fuerza. Estamos construyendo esa fuerza en casa.

Desde que mi gobierno asumió hemos recortado impuestos sobre los ingresos, ganancias del capital e inversiones empresariales. Hemos eliminado todas las barreras federales al comercio interprovincial y estamos acelerando inversiones de un billón de dólares en energía, IA, minerales críticos, nuevos corredores comerciales y mucho más. La pretensión es duplicar nuestro gasto en defensa para 2030, y lo hacemos de manera que fortalezca nuestras industrias nacionales por transferencias de tecnologías. También nos estamos diversificando rápidamente en el exterior. Hemos acordado una asociación estratégica integral con la Unión Europea, incluyendo la adhesión a SAFE, los mecanismos europeos de compra de defensa. Hemos firmado otros doce acuerdos comerciales y de seguridad en cuatro continentes en los últimos seis meses. En los últimos días, hemos concretado nuevas asociaciones estratégicas con China y Qatar. Estamos negociando TLC/PLC con India, la ASEAN, Tailandia, Filipinas y Mercosur.

Para ayudar a resolver problemas globales, estamos impulsando una geometría variable: diferentes coaliciones para diferentes asuntos, basadas en valores e intereses. En Ucrania, somos miembro central de lo que llamo la "Coalición de los Dispuestos" y uno de los mayores contribuyentes per cápita a su defensa y seguridad. En soberanía ártica, nos mantenemos firmemente junto a Dinamarca y apoyamos plenamente su derecho único a determinar el futuro de Groenlandia. Nuestro compromiso con el Art. 5 de la OTAN es insoslayable. Trabajamos con nuestros aliados de la OTAN (incluyendo el Nordic Baltic 8) para asegurar aún más los flancos norte y oeste de la alianza, incluyendo inversiones sin precedentes en radares de alcance más allá del horizonte, submarinos, aeronaves y presencia militar terrestre.

En el comercio multilateral, estamos impulsando esfuerzos para tender un puente entre el 'Acuerdo Transpacífico' y la 'Unión Europea', creando un nuevo bloque comercial de 1.500 millones de personas. En minerales críticos, estamos formando pools de compradores

anclados en el G7 para que el mundo pueda diversificarse y alejarse de un suministro concentrado. En IA, cooperamos con democracias afines para garantizar que, en última instancia, no nos veamos obligados a elegir entre hegemónicos o hiperescaladores. No se trata de un multilateralismo ingenuo. Tampoco es depender de instituciones debilitadas. Es construir nuevas coaliciones que funcionen, tema por tema, con socios que compartan lo necesario como para actuar mancomunadamente. En algunos casos serán la gran mayoría de los países. Y es crear una densa red de conexiones a través del comercio, la inversión y la cultura, de la que podamos valernos para desafíos y oportunidades futuras. Las potencias medianas deben actuar juntas porque "si no estás en la mesa, estás en el menú".

Las grandes potencias pueden permitirse ir solas porque tienen los grandes mercados, la capacidad militar y las herramientas para dictar condiciones. Las potencias medianas no tenemos eso. Pero, cuando sólo negociamos bilateralmente con un país hegemónico, negociamos desde la debilidad y terminamos aceptando lo que se nos ofrece. Hasta competimos entre nosotros por ser los más complacientes. Esto no es soberanía. Es la teatralización de la soberanía mientras se acepta la sumisión. En un mundo de rivalidades entre grandes potencias, los países medianos tienen una elección: competir entre sí por el favor de los poderosos o unirse para crear un tercer camino que tenga impacto mundial. No debemos permitir que el auge del poder más duro y autoritario nos ciegue ante el hecho de que el poder de la legitimidad, la integridad y las normas seguirán siendo fuertes, si elegimos ejercerlo juntos. Lo cual me vuelve a Havel. ¿Qué significaría para las potencias medianas "vivir en la verdad"? Significa hablar de la realidad. Dejar de invocar el "orden internacional basado en normas" como si continuara funcionando tal como se pregona. Llamar al sistema por lo que es: un período en el que los más poderosos persiguen sus intereses usando la integración económica como un arma de presión. Significa actuar con coherencia. Aplicar las mismas normas a socios/aliados y rivales. Cuando las potencias medianas critican la intimidación económica que viene de un país pero guardan silencio cuando viene de otro, estamos manteniendo el letrero en la vidriera del comercio. Significa construir aquello en lo que decimos creer. En lugar de esperar a que el país hegemónico restaure un orden que él mismo está desmantelando, debemos crear instituciones y acuerdos que funcionen tal cual como se escriben. Y eso significa ni más ni menos que reducir las amenazas y los chantajes. Construir una economía doméstica fuerte debería ser siempre la prioridad de todo gobierno. Diversificar internacionalmente no es sólo prudencia económica, es la base material para una política exterior honesta. Los países se ganan el derecho a posturas basadas en principios reduciendo su vulnerabilidad a represalias.

Canadá tiene lo que el mundo quiere. Somos una superpotencia energética. Poseemos vastas reservas de minerales críticos. Tenemos una de las poblaciones más educadas del mundo. Nuestros fondos de jubilaciones y pensiones están entre los mayores y más sofisticados inversores del planeta. Tenemos capital, talento y un gobierno con una enorme capacidad fiscal para actuar con decisión. Y tenemos los valores a los que muchos otros aspiran. Canadá es una sociedad pluralista que realmente funciona. Nuestro espacio público es ruidoso, diverso y libre. Los canadienses siguen comprometidos con la sustentabilidad. Somos un socio estable y confiable en un mundo que no lo es, un socio

que construye y valoriza relaciones a largo plazo. Canadá tiene algo más: asume lo que está ocurriendo y la firme determinación de actuar en consecuencia. Entendemos que esta ruptura exige más que la habitual adaptación a todo cambio. Exige honestidad para ver al mundo tal como es. Estamos quitando el letrero de la vidriera. El viejo orden no va a volver. No deberíamos lamentarlo. La nostalgia no es una buena estrategia. Pero, a partir de la ruptura, podemos y debemos construir algo mejor, más fuerte, y más justo. Esta es la tarea de las potencias medianas, que son las que más tienen que perder en un mundo de fortalezas militares y las que más tienen que ganar en un mundo de cooperación genuina. Las grandes potencias tienen su poder. Pero, nosotros también tenemos algo importante: la capacidad de **dejar de fingir**, de nombrar la realidad tal como es y de construir nuestra fuerza en casa al mismo tiempo que actuamos juntos con otros países. Ese es el camino de Canadá. Lo elegimos abierta y confiadamente. Y es un camino que ofrecemos con los brazos abiertos a cualquier país dispuesto a recorrerlo con nosotros.”

*NDR: En febrero de 2016 comencé a publicar mi visión sobre el gravísimo avance del autoritarismo de las grandes potencias, muy especialmente EEUU, asociado con inmensos negocios con los millonarios de las industrias del petróleo, bélica y tecnológica al mismo tiempo que Wall Street y los bancos tenían más libertad que nunca desde que fueron protegidos y rescatados en 2008 en vez de proteger a los ciudadanos. Y de forma explícita la ONU, controlada antidemocráticamente por EEUU, China, Rusia, Reino Unido y Francia, pasó a ser una entidad multilateral sin poder alguno antes las violaciones permanentes al derecho internacional, los crímenes de guerra y los delitos de lesa humanidad impunes cuando los culpables pertenecen a los países poderosos, muy especialmente EEUU que se dedicó a mentir cada día más sobre sus invasiones militares y las operaciones secretas realizadas por la CIA para desestabilizar gobiernos no afines. En apenas 10 años ya lograron que rija impunemente la “Ley de la Selva”, la de los más poderosos, y ‘mataron’ a la ONU que no pudo evitar el atroz genocidio palestino por parte de Israel, con la complicidad vital de EEUU, ni la guerra provocada por la invasión rusa a Ucrania. Con sólo estudiar historia se comprueba que en los últimos 60 años se han asesinado impunemente millones de personas con o sin excusas mentirosas y el horror provocado por estadounidenses, británicos, belgas y franceses ha sido cosa de todos los días en África. “Board of Peace” es la última y la más grande y obscena mentira de Donald Trump, quien se ha rodeado de la escoria de gobernantes antidemocráticos, autoritarios, delincuentes, mafiosos y/o traidores a sus pueblos para tratar de que su “Ley del Poder del más Fuerte”, siga siendo la fuente de toda razón y su liderazgo fascista/de ultraderecha no pierda fuerza en el mundo. El único camino posible para ir saliendo del infierno de la era trumpista es lo que propone Carney y coincide con lo que pensamos hace muchos años quienes creemos firmemente que la **democracia** y la **soberanía** de los países son dos condiciones innegociables al igual que el **accionar mancomunado de los países**, imprescindible para defenderse de los poderosos imperialistas, con la condición de que no sean ‘rejuntes’ sino que se ‘respeten’ estrictamente **principios y valores** compartidos y los **marcos legales vigentes** que correspondan en cada caso. De esa forma, trabajando muy duro, ganándole al miedo, juzgando, condenando y encarcelando a los traidores y utilizando altísimas dosis de resiliencia dejará de ser una utopía que en el futuro la Humanidad pueda salir de esta era de odios, injusticias, desigualdades y oscuridad.*



JorgeLuis2712



@JorgeLuis_2712



JorgeLuis2712_IG



JorgeLuisSanchez



JorgeLuis2712.bsky.social